

FIGURAS AMERICANAS

Por Américo Lugo

S U M N E R

Carlos Sumner es el más idealista de los hombres públicos norteamericanos, y la gloria política más pura de los Estados Unidos. Es el último de los puritanos, pero es también el último vástago de los colonizadores ingleses: con él se consumió, en el suelo de Norte América, la última gota decisiva y preponderante de la preclara sangre que en el mágico lar isleño había henchido las venas de Spenser y de Milton.

Ante el imperialismo de esta hora, su recuerdo pasa por mi memoria como águila acosada por la tempestad, o brilla como delatora estrella en cielo sombrío. Su titánico esfuerzo marca el fin de una época, el definitivo eclipse de la influencia de la subraza madre: de aquella que ha fundado, en el peñón más amado del mar, la nación más original y auténtica del mundo moderno, donde la púrpura senatorial romana no eclipsa al Parlamento, donde Plutarco no impone sus patrones griegos, donde una conquista total se convirtió en total derrota, donde, finalmente, la corteza racial es tan resistente, que el Renacimiento mismo apenas pudo hacer penetrar la cultura greco-romana en ella. Lincoln llamaba bastardos romanos a los italianos: bastardos ingleses hizo de los norteamericanos la secular corriente de emigrantes que desde 1820 ha sumergido a los descendientes de las trece colonias fundadoras, permitiendo a Toniolo negarles los caracteres de nación propiamente dicha. Sumner era un par republicano que habría podido ser rey entre lores británicos, porque era un príncipe del humano linaje. Eminentemente europeo en gusto artístico y aficiones literarias, como por sus cartas de 1837 se ve, el más erudito de los estadistas de su patria, orgulloso y solitario, pero liberal y tolerante, era un Fox por la diamantina pureza de su sentido moral.

Muéveme, por otra parte, a hablar de Sumner, la gratitud, que es la más rica perla que se cría en el profundo mar del alma. Sumner, en 1870, salvó con dos discursos a la República Dominicana (y aún pue-

de decirse a la isla entera), de las garras de Grant, evitando la anexión de esta República a los Estados Unidos; con lo cual sirvió con grandeza a Hispano-América toda.

El primero de los escritores anti-imperialistas hispano-americanos, Carlos Pereyra, dice que los personajes de gran talento son sistemáticamente eliminados de las convenciones presidenciales de los Estados Unidos. Impresionados por el crecimiento prodigioso de éstos y por su material grandeza, un coro de alabanzas a sus virtudes políticas, dirigido por Sarmiento, Hostos y otros nobles directores de conciencias, se alzó candorosamente del seno de las Repúblicas de origen español. Consideróse punto menos que semidioses a los tripulantes del *May Flower*; Washington obscureció a Bolívar; Lincoln al indio Juárez. Ese coro de celebraciones excesivas nos ha sido funesto.

La presidencia de un Estado no es por sí misma fianza de grandeza, y menos la de un Estado plutócrata. En sentido general, todo político es necesariamente mediocre, porque es hombre restringido; y su mayor escollo sólo puede hallarse en la excelencia de su naturaleza moral. El voto de las masas vale lo que las masas, y éstas, por irremisible sino, son ignorantes, viciosas, codiciosas, ciegas, apasionadas, injustas, impresionables y simples. El engaño es el resorte que las mueve; el interés particular, su aliciente. Ningún hombre verdaderamente puro y noble se pretará jamás a halagarlas.

Horacio Mann, filántropo, el publicista Greeley, Henry Clay, anti-esclavista y anti-intervencionista, el orador Daniel Webster, Chase, Calhoun, no fueron presidentes de los Estados Unidos. Greeley fué derrotado en la lucha eleccionaria por Grant "cuyo estado de embriaguez era frecuente"; Clay fué derrotado por Jackson, para quien el cargo público no era un deber sino un botín, y por Van Buren, Harrison y



Polk, y Chase, superior a Lincoln mismo, fué derrotado por Grant.

Todos los pueblos, aun los menos felices, forjan una leyenda áurea para sustituir con ella orígenes humildes, y acuñan en troquel de impostura la medalla que contiene la efigie de sus hombres representativos.

Las verdaderas efigies de Washington y Lincoln distan mucho de ser las que figuran en la moneda falsa de la historia. El primero no necesita ser retratado como un dios, trastrocando los rasgos naturales que hacen de él justamente, como dijo Lee, "el más querido de sus conciudadanos"; ni el segundo tampoco, para ser colocado al lado del primero, porque nadie, talvez ni el mismo Washington, tiene como él, ante los norteamericanos los lineamientos que tanto gustan a éstos, de semidios político surgido, como Jesús, de un pesebre. ¿Por qué sus biógrafos los retratan colocándolos de espalda a la luz de la verdad? Ningún historiador, hasta ahora, ha presentado sus almas. Es tiempo ya de que sus biografías dejen de ser una colección de anécdotas sentimentales. Es necesario que el pueblo norteamericano aprenda, para corregirse, a ver en sus hombres más notables sus propios defectos de utilitarismo, de egoísmo, de conservatismo, de practicismo interesado, de patriotismo exclusivista. Es menester enseñar que si la Unión es gran cosa, hay, sin embargo, cosas más valiosas que ella; y que no basta ser "americano", sino que en el "americano" y por encima de lo "americano", debe surgir y señorear el hombre en sentido absolutamente humano y universal; que el espíritu americano no "debe elevarse por su orgullo" como aconsejaba Randolph, sino por la virtud. Urge finalmente señalar en los hombres que el pueblo considera más representativos, lo que pueda faltar a éstos de aquel desinterés supremo que lleva al absoluto interés humano y que es la base de toda grandeza moral verdadera. Las antorchas que agitan en lo alto los personificadores de meros aunque grandes ideales nacionales, no irradian bastante luz para iluminar el mundo.

Los grandes méritos con que se presenta a Washington ante la posteridad son sus servicios durante la guerra, su ardiente defensa de la Constitución y su tranquila firmeza frente a los conflictos de una democracia naciente. La eternidad de su memoria, escrita pues sobre el mármol del patriotismo, durará lo que dure el patriotismo, fórmula política cuya raíz fué la fortaleza, creada por el temor a las invasiones y origen de las ciudades. Pero el hombre, pasando rápidamente del temor a la audacia, cubre su ambición con esta fórmula sagrada. Washington, por

ejemplo, apellidando patriotismo, organiza la campaña de Wayne "para apoderarse de una vez del territorio de los indios", convirtiéndose así en un conquistador tan digno de execración, en el fondo, como todos los conquistadores. ¿Qué mucho que las actuales "naciones" sigan siendo fortalezas terríficas y oscuras, de donde "los ciudadanos", tan enemigos del hombre como en los romanos tiempos, salen diariamente en son de conquista contra "los extranjeros"? El más grave error político del mundo es la división de éste en territorios nacionales. Sólo habrá paz el día en que sean borradas del haz de la tierra las fronteras; cuando las naciones sean patios de cielo, llenos de sol y fresca sombra, grandes corazones abiertos, brazos tendidos, regazos maternales; no cesará, finalmente, la guerra, sino cuando los hombres se den cuenta de que, como el aire, el agua y la luz, la tierra también sólo pertenece a Dios.

En cuanto a Lincoln, nada más falso que la aureola de redentor de la raza negra que lo circunda. Cuando en 1861 el general Fremont proclamó que serían declarados libres los esclavos de toda persona que en el Estado de Missouri tomara las armas contra los Estados Unidos o que ayudase a los enemigos de éstos en campaña, Lincoln desaprobó y, para justificarse, dijo a Lester "que él nunca hubiera tenido votos suficientes para llegar a la presidencia, si el pueblo hubiese supuesto que él trataría de usar del poder para suprimir la esclavitud". En su discurso electoral de 1853, pronunciado en Cincinnati, se ve de cuerpo entero al *politician*, cuando emplea argumentos ridículos e inmorales como éstos: "Pensamos casarnos, si ocurriere el caso, con vuestras hijas (habla de las blancas), y tengo la honra de anunciaros que ya para mí ocurrió ese caso. Digo que no nos entrometemos con la institución de la esclavitud... porque la Constitución lo prohíbe y *no lo requiere el bien común*".

Algebrizador de principios encadenados a la utilidad, Lincoln quiso hacer de la emancipación un acto de compra-venta y "obtener terrenos en América del Sur baratos y en abundancia para colonizarlos con libertos". Su proclamación misma de la libertad de los esclavos, de Septiembre de 1862, traiciona su deseo vehemente de expulsarlos: "fundar colonias —dice— con personas de descendencia africana en este continente o en cualquier parte, previo consentimiento del gobierno que allí exista". El acto de la Emancipación no desmiente su tibieza: ese acto fué puramente político, la última jugada, como él mismo dice a Carpenter: "Estábamos a punto de jugar nuestra



última carta y perder el juego si no cambiábamos de plan". Explícitamente escribe a Creeley: "Lo que hago por la esclavitud y la raza de color, lo hago porque creo que ayuda a salvar la Unión". El acto de Emancipación sólo es, pues, para él, una expresión política asentada en miras de conveniencia, y hay que despojarlo de la corona de emancipador de esclavos y colocarla sobre las sienes de Sumner.

Lincoln no llegó al poder "por el solo influjo de su palabra", como pretende Sarmiento: necesitáronse cien mil pesos para derrotar a Douglas y a Brekenridge. Lincoln era demasiado conservador para entusiasmar. Su fuerza de persuasión, aparte de su nativa bondad que su interés político administraba en dosis convenientes, era el elemento místico, incongruente con sus utilitarios propósitos. Su perfil de aventurero lo tenía de su abuelo homónimo. Pertiraz recluta voluntario en la guerra del Halcón Negro, agrimensor como Washington, abogado improvisado y ambulante, político natío, ambicioso y prudente, orador mal modelado, alto, flaco, con larguísimo brazos y anchas manos; prueba viviente de que los palacios son hijos de las cabañas, Lincoln es la cabaña de Nolin convertida en rascacielo. Conservó siempre tanto en sus facciones morales como en las físicas la materialidad de su origen. Buen hijo del campo, su moral era inmovible, pero primaria y utilitaria: escoltado por la legalidad, procedía como los campesinos, y se inclinaba siempre, del brazo de la prudencia, del lado de la conveniencia. Para él la discreción consistía en callarse. Por ello, al ser elegido presidente, respondió a los amigos que lo aclamaban frente a su casita de Springfield, con estupenda indiscreción: "Debéis comprender que he llegado a un momento en que el hombre político debe callar". Con un pie en el Oeste y otro en el Capitolio, la ley en los labios y la Biblia en la mano, tan insensible a la triste suerte de los esclavos como S. A. Douglas y, aunque los compadecía, mas bien su enemigo; eludiendo el deber de resolver el problema, ya con el ofrecimiento de desdorasas concesiones, ya reforzando hasta el postrer momento la aplicación de la ley sobre los esclavos fugitivos, siendo, en ese empeño absurdo, el mayor responsable ante la historia de toda la sangre vertida en la guerra durante los dos años primeros; sin visión política suficiente para darse cuenta del daño que su reluctancia le infligía, dentro y fuera del país, a la causa de la Unión, de tal modo, que cuando se avino a la emancipación como mera medida militar ya el pueblo del Norte estaba harto de desearla y el Sur mismo a punto de considerarla, Lincoln sólo es grande, infinitamente grande,

en su amor a la Unión federal; mas la Unión federal norteamericana no era absolutamente indispensable para la felicidad humana. Al contrario, esa Unión parece significar en boca del mismo Lincoln, una amenaza para la felicidad humana: "Habituémonos a pensar —dice— que toda vez que agreguemos una estrella a nuestro pabellón, ha de ser para contarla entre las fijas. Añadamos estrella tras estrella, hasta que sus resplandores brillen sobre quinientos millones de hombres". Por lo demás, nadie ha hecho nunca tanto por el afianzamiento y preservación de la Unión. Esto es lo que políticamente lo ha convertido en un ídolo para sus conciudadanos, que lo han colocado sobre un trípode junto a Jorge Washington en el templo de Delfos, considerándolos como a los dios únicos definidores del destino de la nación.

Los méritos de Lincoln ante la posteridad son su voluntad ejemplar y su ardiente defensa de la Unión. Como Washington, es gloria vernácula; pero Washington, inferior como político a Lincoln, es superior a éste como hombre, y su obra tiene contextura continental. La voluntad es en Lincoln lo más sobresaliente, y constituye una gran lección. Sea cual fuere la versión auténtica del corto discurso de Gettysburg, Lincoln asume allí una admirable actitud ciudadana; pero no alcanza estatura universal. La cuestión no era si una nación concebida en libertad podía durar largamente; del mismo modo que la casa dividida contra sí misma que no puede permanecer no ha de referirse a "la Unión", sino al mundo, porque éste es la verdadera casa del hombre, que, aislándose en grupos, se ha apropiado únicamente de la tierra dividiéndola en naciones, es decir, en corrales de lobos para cada uno de los cuales el resto del mundo es ganado. He insinuado que el patriotismo es una fórmula circunstancial y transitoria, sagrada hoy solememente en el sentido negativo de defensa de la libertad, pero exegranda en el sentido positivo de ataque; fórmula llamada a desaparecer, porque es hija de una falsa concepción política del mundo cuya división en naciones, contraria a la moral evangélica, denuncia como perpetua fuente de la guerra y obstáculo invencible de la paz.

"Me preguntáis sobre el Sr. Lincoln, qué clase de hombre, qué clase de presidente es. Cuando entró en la mansión presidencial, él mismo no habría podido responder a esas preguntas, y es dudoso si podría contestar aún a ellas. Las cualidades que le han permitido salvar el país de la ruina y que determinan el saludable estado del cuerpo político, son, en primer término, su imperio sobre sí mismo, su buen sentido



común, ingenuo y casero, su buen humor, su natural bondad y buen natural, por los cuales ha sido censurado y acusado de ligereza, y por último, su firme fe en la durabilidad de la República". Este juicio de C. Edwards Lester, amigo personal de Lincoln, juicio en el cual no se señala una sola cualidad eminente, no difiere en esencia del de Carlos Pereyra, el gran publicista mexicano: "Lincoln, figura no compleja, sino fundida en dos piezas: político realista y místico a la vez; perfectamente connaturalizado con el manejo de la intriguilla y dispuesto siempre a emplear las formas inspiradas del profetismo en un ardiente lenguaje tribunicio; de un buen sentido para la actuación y de una extraordinaria firmeza de intuición; vulgar, acomodaticio y de una heroica imperturbabilidad. . . Yo mismo no sé lo que era aquel hombre más desigual que contradictorio".

Si esto es Abraham Lincoln, acostumbremos a pensar en que para ser presidente de los Estados Unidos se requiere cierta ductilidad de carácter incompatible con la inapelable rectitud de los hombres verdaderamente superiores. La voz del pueblo "americano" no es la voz del cielo, ni siquiera la voz del pueblo; es la voz del boss, como dice Broks en su obra *Political Parties and Electoral Problems*, es decir, la voz del infierno, ante cuyo recuerdo se sobrecoge un Enrique José Varona.

El verdadero redentor político de la raza negra en los Estados Unidos, Carlos Sumner, nació en Boston el 6 de Enero de 1811. Su padre, Carlos Pinckney Sumner, dió pruebas de su amor a la libertad: siendo *Cherif*, cargo que en aquel país es parecido al de alguacil mayor, defendió intrépidamente al gran abolicionista William Lloyd Garrison cuando éste fué arrastrado por las calles.

El tronco de la rama americana de los Sumner fué William Sumner, que emigró de Inglaterra en 1635 con su esposa María y tres hijos, y vino a establecerse en la colonia de Massachusetts Bay. Fueron, por lo general, los Sumner agricultores, aunque son excepciones brillantes, como Increase Sumner, ministro de la Suprema Corte Judicial de Massachusetts y gobernador del Estado. Job Sumner, abuelo de Carlos Sumner y educado en el Colegio de Harvard, se alistó en el ejército en 1735, se batió en Bunker Hill y en el sitio de Boston, desempeñó luego comisiones políticas de alguna importancia y fué hombre mundano, refinado, alegre y muy sociable. Su hijo Carlos Pinckney Sumner, que hemos mencionado ya, también estudió en Harvard. Abogado y jerife

del Condado de Suffolk, era un puritano. De su abuelo, pues, recibió el primero de los ciudadanos de los Estados Unidos de América la caballerosidad; de su padre, la austeridad; y de sus antepasados todos, la salud, el vigor, la inteligencia, el valor y la virtud. Mas también ha debido tomar Sumner no pequeña parte de extraordinarias facultades de su madre, Relief Jacob, mujer de espléndida belleza y extremada distinción que fué un ángel en su hogar. Carlos y su hermana gemela Matilde nacieron en una casa situada en la esquina de las calles Revere e Irving de Boston. Tuvo Sumner verdadero culto por su madre que le acompañó en la vida hasta 1866. Dice Lester que "el amor a una madre como la de Sumner, se vuelve más caro cada día que pasa; y cada nuevo cabello de plata, mezclándose furtivamente en las trenzas de la mujer virtuosa, sólo adorna la cabeza con el encanto de una nueva consagración".

Fué en su niñez Carlos Sumner alumno de la Escuela Pública Latina de Boston, Wendell Phillips, uno de sus condiscípulos, dice que él y otros estudiantes, cuando por las mañanitas solían ir desde la ciudad de paseo entre cantos y juegos, veían siempre, en la ventana de Sumner, una luz solitaria, denunciadora de su estudiosa vigilia.

Habríale gustado al joven Sumner irse a West Point y seguir la carrera militar; pero entró al fin, a los quince años de edad, en el Colegio Harvard cuyo origen va hasta 1631 y cuya influencia sobre él fué tanta, que le legó, como el puritano John Harvard, su biblioteca y parte de su fortuna. De prodigiosa memoria, pero inepto para las matemáticas y la física, se distinguió en latín y griego, en historia, literatura y geografía. Era entonces un muchacho sano, declamador en clase, discutidor, muy sincero, bondadoso. En las aulas mismas comenzó a mostrar persistencia y firmeza.

Graduóse a los diez y nueve años, y vacilante en la elección de una carrera, pasó uno más en su casa, cuyo frío ambiente le hundió en la lectura; decidiendo por último, volver a Cambridge, en donde se consagró con todas las fuerzas de su alma al estudio del derecho. El juez Story, que era amigo de su padre, y el profesor Greenleaf ayudáronle mucho en éllo, y contribuyeron a la temprana formación de su concepto profesional.

"Un abogado —escribió Sumner en aquellos días a un amigo,— debe saberlo todo: ley, historia, filosofía, naturaleza humana; y si ambiciona fama de le-



trado, ha de beber en todas las fuentes de la literatura, dando facilidad y elegancia a la mente e ilustrando cuantos temas tocara. Preferiría mudarme en sapo y vivir en la atmósfera infecta de un calabozo a convertirme en una de esas informes masas de carne como suelen ser los abogados incipientes, los cuales sólo saben interpretar mal, a fuerza de argucias y obscuridades, la justicia que nunca podrían alcanzar, y no tienen idea de la ley más allá de la letra, ni de letras más allá de los términos de información y estatutos. Si soy abogado, deseo ser uno capaz de morar en el mundo en que la majestad del derecho ha hecho su habitación; de aspirar, más allá de la letra, al espíritu de la ley, —el amplio espíritu,— y de poner a su disposición una mente liberal y cultivada. La religión existe independientemente de sus ministros; pero la ley vive sólo en la honestidad e ilustración de los abogados”.

Fascinado por la presencia de Sumner en su casa, William W. Story, hijo del juez Joseph Story, recogió al cabo de muchos años, el recuerdo de la impresión que cuando él era niño le causara, a los veinte años de edad, aquel amigo de su padre: “Yo acostumbraba escuchar con placer creciente cada vez que Sumner venía a visitarnos. Su sencillez y su rectitud de carácter, su entusiasmo e insaciable deseo de informarse, su animado espíritu y genial sentir hicieron inmediatamente fuerte impresión en mí. Mi padre lo quería mucho y le trataba como si fuera su hijo; y nos encantaba verle llegar a casa. El era franco, natural, ingenuo en su sencillez, e instaba a mi padre con un inacabable flujo de preguntas... Carecía entonces totalmente de vanidad, y sólo deseaba adquirir conocimientos e información sobre cada materia... Aunque era un conversador interesante, faltábale agilidad mental. Era naturalmente bondadoso, interesándose en todo; pero perdía del todo la serenidad por la más ligera burla; y si se le contrariaba, su expresión era de completo asombro. Nunca estaba listo para replicar a una broma. Carecía de agudeza y la percibía poco en los demás; y sus chanzas, cuando trataba de decir una, eran pesadas. Pero cuando navegaba sin tropiezos, nadie mejor conversador, ni más agradable”.

Con una voluntad firmísima y un corazón puro; humilde nó, sino orgulloso de sí mismo, pero con un sentimiento profundo de la libertad personal que respetaba en todos; taciturno en el fondo, mas sin desdenar la risa; pronto al entusiasmo, religioso sin gatzmoñería, de invariable rectitud moral, alto, bien formado, guapo, de maneras exquisitas y refinada cultura,

absorto en sus estudios de derecho, Sumner era, a sus veinte y tres años, el hombre menos sensible a encantos de mujer. “Apostábamos con las más bellas muchachas —dice W. W. Story— a que todo su arte no servía para conservar a Sumner a su lado un cuarto de hora, y jamás perdíamos”. Cuando le hablaban de matrimonio respondía: “Estoy casado con Europa!”. En el verano de 1837 escribía a Lieber: “Tengo amor con Europa”.

Terminados sus estudios de jurisprudencia, Sumner efectuó, en Enero de 1834, un viaje a Washington. Allí conoció a Jackson, a Kent; hizo amistad con Wheaton, y Liber; oyó a Webster, a Clay, a Calhoun. Estuvo también de paso, en Filadelfia, en Nueva York. De él escribió entonces una filadelfiana: “Su sencillez, su perfecta naturalidad, eran lo que a todos impresionaba, combinadas con su rara cultura y su delicioso entusiasmo juvenil; había en él tal dulzura y ternura de carácter, y tal ausencia de mundanería, que se ganaba todos los corazones; y sus agradables maneras completaban el encanto”.

Antes de realizar su viaje a Washington, Sumner había asistido a la oficina de Benjamín Rand; a su regreso comenzó a ejercer su profesión, asociándose, a fines de 1834, a su amigo George S. Hillard. Es indudable que Sumner se equivocó al elegir la carrera de abogado, para la cual era inepto, no como se ha pretendido, por falta de rápida percepción, ni por exceso de erudición, ni por carencia de imaginación, sino a causa de aquella excepcional rectitud que siempre mostró; rectitud que así como le habría impedido reconocer, como candidato de un partido, como lo reconocía Lincoln, que unos leños presentados a la Convención electoral, podían ser parte de los que él había labrado treinta años antes, habría imposibilitado también en el ejercicio de su profesión de abogado, toda acusación de fraude, como la que como abogado se le imputa al mismo Lincoln.

En cuanto a sus aficiones literarias, Sumner, todavía estudiante de derecho, fué colaborador de una revista y colaborador del “Jurista Americano”. En 1835 ya sustituía al juez Story en la Escuela de Derecho durante la ausencia de éste en Washington. En 1836 publicó el primer tomo de las decisiones del mismo juez como presidente de la Corte de circuito; en 1837, el segundo, y después de su regreso de Europa el tercero. Al mismo tiempo ayudaba a Grenleaf y a Dunlap en la preparación y revisión de sus obras. Estas ocupaciones aumentaron sus relaciones sociales dentro y fuera del país. Trabajó gran amistad con Cornelius C. Felton, con Henry W. Longfellow y con



Henry R. Cleveland, los cuales junto con él y Hilland, formaron el Club de los Cinco. En su oficina establecida en el No. 4 de la calle Court en Boston, eran visitantes habituales de él y su socio Hilland, el juez Story, el profesor Simón Grenleaf que tenía allí un escritorio, Felton, George Bancroft, Horacio Mann, y otras personalidades distinguidas.

Encantador ambiente intelectual el que se respiraba entonces en la ciudad de Boston. John Pierpont, Lyman Beacher, en la oratoria sagrada; Daniel Webster, John Quincy Adams, Harrison Gray Otis, en la oratoria política; el gran Rufus Choate, Franklin Dexter en la forense; maestros como Josiah Quincy, como el famoso juez Story, como Grenleaf, como Felton; historiadores como Bancroft, poetas como Longfellow, filósofos como Emerson, publicistas como Sparks, artistas como Allston, filántropos como Mann...

Ni en sus trabajos editoriales, ni en el ejercicio de la profesión, se preocupó Sumner por dinero. No ciertamente que no lo estimase, pero "sólo como un *novum organum* para una dedicación más alta". A. J. C. Perkins, un recomendado suyo, le escribía: "No mire Ud. el dinero como paga. El dinero es la última ventaja a que se debe aspirar. La práctica, la confianza en sí mismo (sin la cual, si apropiadamente templada por la modestia, nada grande puede realizarse), el hábito de mirar arriba los casos y abajo las opiniones de los jueces, los amplios y variados conocimientos, serán para Ud. de más utilidad que una oficina gubernativa".

En 1837, repentinamente como a impulsos de una irresistible voz interior, sin suficientes ahorros, realizó su más dorado sueño: se embarcó para Europa, dando la espalda a su clientela naciente y cerrando oídos a los consejos de sus amigos. "Voy —decía a éstos— con propósitos de educación, y para satisfacer anhelos que consumen mi espíritu y mi tiempo. Creo que dejando ahora la profesión hago un sacrificio para lo futuro, y que volveré con acrecentada posibilidad de hacer el bien y de cumplir rectamente con mi parte en la vida". En el momento de partir escribió así a su antiguo maestro Grenleaf: "Siento con peso de montaña la responsabilidad de este paso. Pero voy afuera con la determinación más pura de dedicarme a mejorarme en las varias fuentes de estudio, observación y sociedad, y de regresar americano".

Veinte y nueve meses permaneció en el Viejo Mundo. Viajó por Francia, Inglaterra, Italia, Alemania y Austria. Aprendió francés, alemán e italiano. Comenzó a formar su magnífica colección de graba-

dos. Recomendado por el juez Story y otros norteamericanos distinguidos, conoció, visitó o trató a muchos hombres notables: Cousin, el duque de Broglie, Pardessus, Sismondi, Hallam, Macaulay, Carlyle, Woodsworth, Lord Brougham, Sidney Smith, Laigh Hunt, Campbell, Raumer, Ranke, Humbert, Savigny, Thibaut, Mittermaier y otros. Concurrió asiduamente a la Sorbona, a la Cámara de Diputados; asistió en Inglaterra a los debates del Parlamento y se relacionó allí con los más famosos hombres de leyes; bajo las ruinas y en los museos de Italia, su alma fué presa de la antigüedad y del arte; y Alemania enriqueció sus conocimientos en jurisprudencia, filosofía e historia.

Cuando de regreso puso el pie en el suelo de su patria, Sumner traía una educación más perfecta, una cultura más sólida, un sentido más grave de la vida, un amor a su patria más comprensivo, más generoso, más humano. Sus altísimas dotes naturales, hundiendo sus raíces en el suelo europeo y nutriéndose con la profunda savia prepotente de la cultura occidental cuyas primigenias fuentes vivas, dejando en las cumbres serenas a San Francisco de Asís y a Erasmo, fueron las atormentadas almas de los Dante, los Miguel Angel, los Lutero y los Cromwell, y cuyas más hermosas flores fueron Shakespeare, Rafael, Cervantes, Mozart, Goethe y Beethoven, le auguraban, sin competidor posible, el primer puesto entre sus conciudadanos a los veinte y nueve años de edad, pues él personificaba el apogeo de la cultura europea en los Estados Unidos.

Sumner realizó en este viaje, de manera espléndida, el propósito que le guiaba al embarcarse. "Los días que pasó en Europa, dice Storey, ensancharon su horizonte, aumentaron su saber, llenaron su memoria con un tesoro de recuerdos; le convirtieron en un ciudadano del mundo. Ningún otro americano ha sido recibido tan cordialmente; ni ha tenido tales oportunidades". "Nunca quizás —dice Bowers— ha hecho un joven americano una impresión más favorable en la sociedad británica que Sumner en su juventud". "Regresó, —dice Rhodes— con la mente ensanchada por el contacto con los pensadores, escritores y políticos de Europa". Pero nadie ha expresado mejor que Grimke la significación y trascendencia de este viaje. "Volviendo —dice— a citar la fábula griega, Sumner fué como Hércules, al bosque de Nemea, a cortar él mismo su maza. El bosque nemeo en que estaba Sumner ahora, era Europa con sus viejas sociedades, leyes, lenguas, literaturas, razas; y la maza con que iba a armarse para la hercúlea labor de sus maduras facultades, eran ensanchadas simpatías humanas, un cono-



cimiento más vasto y más profundo del hombre... Sumner desembarcó en Nueva York, el 3 de Mayo de 1840. Tenía veintinueve años y había estado fuera veintinueve meses. El largo período de labor comenzaba. Hércules había salido por fin con su maza del bosque de Nemea”.

Por otra parte, ese inigualado viaje triunfal despertó en Sumner un sentido de superioridad creador de cierta egolatría que le distanció desde temprano de los hombres comunes, y le hizo incurrir en vanidad y afectación, únicas faltas de este hombre que en la alta y profunda armonía de su naturaleza física, moral e intelectual tiene pocos pares en la historia. Refiriéndose a ellas dice Rhodas: “Lleno de varonil independencia, Sumner no se habría sometido a ningún líder, ni habría pertenecido a ningún partido, ni solicitado un voto de ningún miembro de la legislatura. Su sola presencia, decía un ardiente amigo personal, los hacía olvidar las vulgaridades de la vida política. Era el alma del honor; y su absoluta integridad se extendía a los asuntos más triviales de la vida. El deber era para él sagrado; la ley moral, una influencia diaria; sus pensamientos, sus obras eran puros. Sus faltas eran veniales y tales como podríamos considerarlas en un niño mimado de una ciudad culta. Era vano, afectado, amigo de lisonja, imperioso en maneras y mostraba constantemente un aire de superioridad”.

Adoleció Sumner de otro defecto también venial. Señera excepción entre los grandes caracteres públicos norteamericanos, hijos generalmente, como Lincoln, de su poderosa voluntad en lucha constante con la pobreza, Sumner no pudo adquirir en la escuela de la necesidad, que es la gran maestra, la experiencia de la vida. Actuaba sin reserva; procedía sin miramientos; hablaba sin reticencias. No acertaba a veces a medir bien la oportunidad del acto ni el alcance ofensivo de sus expresiones. No es este el momento de discutir el valor oratorio de Sumner, de quien con razón se ha dicho que tiene discursos “en que las palabras se vuelven cosas”. En su ansia de perfección oratoria acudía siempre al diccionario; y este frío enemigo de la exactitud, unido a su limitado sentido de las conveniencias políticas, contribuía a turbar en él la conciencia “de la punzante fuerza de su palabra”. Para el lenguaje, el diccionario es un ácido que destruye su frescura y destiñe su ropaje. La meditación debe pasarse lentamente por ese cementerio, leer sus inscripciones; pero el verbo del orador es cosa alada, rauda. Las palabras de éste son chispas del alma, no pueden ser trocadas por las frías cenizas de un léxico sepulto. La manera peculiar de emplear y

entrelazar el léxico es el estilo de un autor, mas el detenerse a escoger la palabra o el giro, interrumpe la emoción y mata la elocuencia. El verdadero orador no habla nunca con la mente, sino con el corazón. Su espíritu habla en él. Por otra parte, la aspiración a la perfección es un error. El sello propio de la creación, que no otro cosa es la vida, es la imperfección. La perfección es figura académica, labor muerta.

“Que Sumner no era un odiador de la mujer es evidente en la vehemencia con que buscó (durante su viaje) a las más famosas. Lady Blessington “elegante y chispeante”, Mary Shelley “agradable persona con gran habilidad”, la Duquesa de Sutherland, “maravillosamente bella”, la Condesa Guiccioli, “todas la intrigaron”. (Bowers): Podrían añadirse otros nombres a esta lista: la señorita Martineau, la señora Grote, la señora Norton, la señora Jameson, Joanna Baillie, la señora Parkes y Lady Marnecliffe, la cual escribe: “Nunca he conocido a un americano que tuviese el grado de buen éxito que ha tenido Sumner, debido yo creo, a la real elevación y valor de su carácter, a su genuina nobleza de pensamiento y aspiraciones, a la bondad de su corazón, a su ausencia de dogmatismo y de ostentación oratoria, a su ingenua amabilidad, a la cultura de su mente y a su aprecio de Inglaterra sin nada que se acercase a lisonja ni a depreciación de su propio país”. Pero Sumner, “como muchacho estudioso, reservado, desdeñoso de travesuras juveniles, se avejentó anticipadamente... En su temprana juventud sintió la necesidad de hogar y esposa, y habló de ello francamente a sus amigos; pero no hubo romance. En ninguna época supo nada de psicología femenina. Admiró enormemente a las mujeres hermosas a medida que envejecía; pero algunas no correspondían a su ideal, y otras parecían sobre pasarlo demasiado. “Es amable y buena y dudo que no posea un juicio tan puro como su carácter; mas no parece dotada de la gracia mágica”, escribió de una; y de otra: “Confieso cierto temor y sentido de su superioridad que me vuelven ansioso de sumergirme en mi propia inferioridad”. (Bowers). En realidad, Sumner prefería su libertad personal y social, ser dueño absoluta de su tiempo y de su mente, al matrimonio; y por ello fracasó cuando, ya tarde, rindió parias a la vida conyugal.

Su padre había muerto durante su estada en Italia. Desde allí empezó a ocuparse en la educación de sus hermanos. Sobre ello escribió a Hillard: “Ansío que mis hermanas reciban la mejor educación que pueda proporcionarles el país, para lo cual su parte de herencia bastará ampliamente; pero a este propó-



sito dedicaré libremente cuanto yo posea o poseyere; y sea cual fuere la división hecha por mi padre, estoy dispuesto a no ahorrar en su educación ningún gasto”.

Abrazó de nuevo la abogacía; pero había regresado inhábil para ejercerla. Aquel idealista no cabía en la rutina. “No entiendo el estado de costos —decía— y a veces creo que está fuera de mi alcance comprender nada concerniente a estas materias”. “Os escribo en mi oficina —reza una carta suya a Francia Lieber.— Desde que pertenezco al foro nunca he sido más puntual en ella. . . Sin embargo no os ocultaré, mi querido Lieber, que mientras me ocupe en estas cosas, siento que aunque gano el pan de cada día, no atesoro nada del pan de la vida. Mi mente, alma, corazón no adelantan ni se vigorizan con la práctica de mi profesión, registrando papeles, cartas viejas, examinando cuentas para ver si hay algo sobre lo cual establecer una demanda. El suspiro vendrá por un canto de Dante, una rapsodia de Homero, un drama de Schiller. Pero cumpliré con mi *deber*”.

Sumner no era feliz. Estaba disgustado de sí mismo. Confusamente sentía sus hercúleas fuerzas, y condenado a indigna ociosidad, las desparramaba por los cauces siempre sedientos de la amistad o del bien social, ya haciendo que se comprase el Orfeo de Frauford para el Ateneo, ya ayudando a Horacio Nan en la erección de la casa-escuela de Birdgewster, ya interesándose en la reforma de las cárceles. Convencido al fin de que la abogacía es mezquino ejercicio para espíritus privilegiados y altivos, avinose a aceptar una proposición para el cargo de relator oficial de la Corte Suprema; pero no fué nombrado, y ello le afectó profundamente.

Entregóse, entonces, sin reservas al trabajo. Trabajó día y noche, furiosamente. Publicó el tercer tomo de las decisiones de Story y emprendió una edición de Vesey en veinte volúmenes; pero al cuarto volumen dió en tierra con su salud, bajo los estragos de la tisis. Sus amigos le adoraban y se aterraron. Felton le escribía: “La vida es un precioso don, y con todos los sufrimientos que le son anejos, es algo que debe ser estimado con gratitud, preservado con cuidado, dedicado a serios deberes alternados con sociales alegrías y ejercitación de los afectos, hasta que, llegada la hora, se le resigne en sumisión a la Voluntad Divina. . . No trabajas hasta la media noche: consagra las noches a tus amigos y al sueño”. “Conocéis vuestra constitucional predisposición —le escribía el Dr. Howe desde Roma.— La continuación de vuestra vida, más que la de la generalidad de los hombres,

depende de la manera de trataros vos mismo. . . Y ahora, seguid maltratándoos: descuidad hacer ejercicio, descuidad el sueño, estudiad hasta tarde y desde temprano, permaneced junto a vuestro escritorio, trabajad hasta morir, afligid a todos vuestros amigos y desgarrad mi corazón: porque dónde, querido Charlie, cuándo, durante toda mi vida, encontraré un amigo a quién amar como os amo?”.

No es, pues, exacta la afirmación de A. B. Johnson, de que, con anterioridad al atropello cometido por Preston Brooks, Sumner apenas había conocido un día de enfermedad. Presa, al mismo tiempo que su hermana María, de igual quebranto, ella bajó al sepulcro y él se salvó, indiferente y frío, como Séneca, ante la idea de la muerte. Y se salvó, recobrando del todo su no común vigor, tan admirado por los médicos que lo asistieron cuando, años después, quedó casi muerto bajo los rudos golpes de Broock. Según el testimonio de C. Edwards Lester, dichos facultativos “nunca habían visto una forma humana más perfectamente desarrollada en belleza, simetría y fuerza, y pusieron la única esperanza de recobro total, en el excepcional y casi inigualado vigor y vitalidad de su sistema físico”.

Al volver de Europa, Sumner se había dado cuenta de las proporciones alarmantes y peligrosísimo sesgo de la cuestión de la esclavitud; y como observa muy bien Storey, entró en la liza gradualmente y sólo por su sentido del deber público. De su padre tenía el ejemplo dado por éste en 1834, en el caso de dos esclavas fugitivas, apresadas por los esclavistas, después de haber sido libertadas, en el recinto mismo de la corte. Terció en 1841 en la discusión entre el Dr. Channing y Webster en el asunto del Creole; y replicó en 1843 al *Advertiser* de Boston, demostrando que la esclavitud era un peligro nacional que debía ser removido por la nación mediante una enmienda constitucional. El 4 de julio de 1845 pronunció en Faneuil Hall su oración sobre la verdadera grandeza de las naciones, “la más noble contribución hecha por ningún escritor moderno a la causa de la paz” (Cobden). En ella afirmó que “en nuestro tiempo no puede haber paz que no sea honorable, ni puede haber guerra que no sea deshonrosa”. Como dice Grimke, “Hércules, listo para la lucha, se había puesto en marcha para atacar la hidra de Lerna”.

Tal era, en el umbral de su vida pública, en el momento de hacer uso de los altísimos dones que había recibido de Dios, en el momento de oír en su propia alma la voz divina que le ordenaba actuar, el hombre que arrebatando la antorcha de las manos



vacilantes de los políticos, tomó de repente, con sobrehumana decisión en un rincón del planeta, la dirección de un gran pueblo descarriado de la verdadera senda; el hombre que, como los profetas antiguos, se convirtió en heraldo de una nueva era, dando a su palabra, no sentido doméstico, ni departamental, ni nacional, ni continental, sino sentido humano, dulce, universal, cristiano; el hombre que después de romper con mano firme con la tradición de los indignos compromisos en que se fundaba la dividida Unión y por los cuales Webster abogaba todavía, levantó ésta en sus hercúleos brazos y la sentó definitivamente sobre bases propias, verdaderas y eternas. Tal era en vísperas de la guerra civil, el hombre que fué el único verdaderamente grande bajo la tempestad; el que desobedeciendo las leyes en nombre de los principios, renunció a toda conciliación y sólo retuvo la fe para poner a raya el interés concupiscente y emancipar una raza; el hombre que, terminada la guerra, con el proyecto de ley con que coronó su incomparable vida, para borrar de las banderas del ejército nacional el recuerdo de las batallas de la guerra civil, unió los corazones que la victoria había dejado desunidos, e hizo que la patria *perdonara* como Jesucristo hubiera perdonado.

Tal era en 1850, al dormirse para siempre los falsos dioses, el hombre que abrió de par en par las puertas de la Edad Moderna de su patria; el hombre

cuya grandeza se mide sólo por su corazón. Washington y Lincoln son hombres seccionales. Su solitaria grandeza, aquél fundando la Unión, éste preservándola, sólo es nacional. La estatura de éstos se medirá por la sombra, alargada o minorada, que proyectó su país. Son grandes americanos, pero no son pequeños hijos del cielo. Para convertirse en una estrella de primera magnitud; en un

“Rubí encendido en la divina frente”,

Sirio o Aldebarán; para ser polvo de mundos no basta al alma humana limitar sus sacrificios a uno de esos mil pedazos en que la ambición de poderío ha roto nuestro maravilloso globo; es fuerza que el hombre cave tan hondamente su fosa, que se confunda su polvo mísero con la ardiente lava que arroja al cielo el centro de la tierra, y su nombre, con la purificadora sal del mar.

Tal era, finalmente, en sus mocedades, Carlos Sumner, el hombre a quien, entre los hijos ilustres de la nación que ha producido a Washington, a Hamilton, a Jefferson, a Adams, a Otis, a Patrick Henry, a Brown, a Garrison, a Webster, a Lincoln, a Emerson, a Poe, parece reservado, hasta lo presente, por la remota posteridad, que es la verdadera, el más alto y firme sitial.

